

poética, nada de arte plástico en torno de esa imágen de la reaccion, cuando todo eso y mucho mas hay en torno de un fraile modestísimo, del pobre San Francisco. Al encontrarse los biógrafos de la órden frente á frente de aquel cadáver frio, en la hora suprema de su entierro, al cual no bajan como al entierro de San Francisco los ángeles del cielo, escriben páginas y páginas para mostrar que, si no ha hecho su beatífico padre ningun milagro, tampoco los han hecho á su vez otros santos y otros doctores de la Iglesia universal. Pero ¡ah! que no ha tocado ningun corazon ese hombre; no ha movido las etéreas alas de los ángeles del espíritu; no ha provocado desde las alturas del cielo una lluvia de ideas sobre las profundidades del alma; no ha tenido ni una literatura como la literatura del Dante, ni un arte como el arte de Giotto, ni una teología como la teología de Buenaventura; porque Dios, como alienta el progreso, esteriliza la reaccion, y maldice á sus fautores y á sus cómplices.

CAPITULO XII

ORGANIZACION DEFINITIVA Y DOCTRINA TRADICIONAL DE LOS JESUITAS

Resumamos esta larga obra; compendiamos sus capitales ideas. Nunca insistiremos con harta insistencia en el carácter guerrero de Ignacio y de su órden. La educacion adquirida en la corte militar de los Reyes Católicos, su valor en los tercios imperiales, su resistencia en la fortaleza de Pamplona, enlázanse con la vela de armas, con la profesion de caballería, con las expediciones á Jerusalem, verdadera prolongacion de su existencia, digna toda ella de un capitan y de un militar. Sus mismos partidarios le comparan al antiguo Aníbal, implacable y eterno enemigo de la antigua Roma. Los jesuitas dicen á cuantos quieren oírlos que, como Amilcar hizo jurar al capitan cartaginés que consagraria su vida en toda su duracion á combatir el dominio de la Ciudad Eterna en el mundo, Ignacio les habia hecho jurar á ellos que consagrarían toda su vida y todas sus fuerzas á desarraigar la herejía en la conciencia. Soldado temporal ó soldado espiritual, siempre fué soldado aquel hombre, paje de niño, capitan de mozo, general de viejo, uno en esencia y en sustancia. Así, la órden se llama compañía; y Cristo y Belial á sus ojos aparecen revestidos con todas las insignias militares; y Jerusalem y Babilonia como dos ciudades sitiadas. Sean cualesquiera las ideas que tengamos en este siglo respecto á un siglo tan apartado del nuestro como aquel en que vivió Loyola; sean cualesquiera nuestros hábitos y nuestros pensamientos; reconociéndonos incapacitados para comprender la incomprendible fe y la tenaz constancia de aquel hombre, supersticioso en sus creencias, exagerado en su celo, fanático en sus afectos; mezcla de ideas místicas é ideas

materialistas; dotado de sentimientos ascéticos y apegos á las utilidades y provechos de la vida; doble naturaleza en la cual se suman las vehemencias del apóstol con las perfidias del político, no podemos dejar de reconocer en él aquella voluntad férrea jamás rendida, y aquel valor heroico jamás roto, y aquella paciencia en los dolores jamás agotada, y aquella temeridad en las empresas jamás vencida, propias de quien unia con las exaltaciones de la imaginacion mas ardiente los cálculos de la inteligencia mas previsora, y con el ascetismo llevado hasta el deliquio la habilidad llevada hasta el maquiavelismo, y con la cólera la dulzura, cualidades todas, cuyo total maravilloso alza indudablemente á la estirpe de los genios extraordinarios y le presta la inextinguible admiracion consagrada por el comun sentir á todas las grandezas.

El gran trabajo de Ignacio se compendia en los Ejercicios Religiosos. Y los Ejercicios Religiosos tiran á transformar al hombre, que los abraza y que los sigue y los ejecuta, en otro nuevo ser. Muchos individuos de varios temperamentos los han observado en su vigor austero y los han seguido en su minuciosidad increíble; pues todos han experimentado iguales efectos. Aquellas concentraciones del alma en sí misma; el rezo metodizado y á su hora; la meditacion absorta; el desistimiento de toda idea distante de la idea capital en que los sentidos y potencias se absorben, todos aquellos artificios llegan, por fin, á producir tal alucinacion que las facultades humanas se transforman, las ideas invisibles se materializan, y el individuo pierde su propia individualidad natural para trastrocarse muy pronto en otro ser distante de la realidad y soñado por las abstracciones de aquel que le ha impuesto en su plan metafísico un extraño y nuevo espíritu. Muchas personas por vocacion, y otras por amor al estudio y á la experiencia, se han consagrado á practicar los ejercicios, y han convenido en que ningun plan puede haber tan propio para conseguir resultados preconcebidos como el plan vastísimo de Loyola. En su virtud las almas se disciplinan con tal obediencia y se suman con tal identidad, que los jesuitas no parecen los individuos varios y diversos que la naturaleza engendra, sino los productos hechos de la misma materia y vaciados en el mismo molde que engendra la industria.

Ignacio quiso resumir en su orden todas las órdenes. A los benedictinos

les tomó la vocacion científica, y á los franciscanos la caridad ardiente, y á los dominicos el apostolado continuo por las predicaciones y la fidelidad al santo tribunal de la fe, como á los teatinos el rigor y la disciplina en sus costumbres y en sus ritos. Conforme iba Ignacio viviendo, iba enmendando tambien las condiciones de su asociacion, y la trascendencia de sus ideas. Así, asceta y macerado al comienzo de su carrera, como un mártir, comprendió, al fin de su carrera, que los excesos en las maceraciones solo daban por resultado la debilidad y flaqueza del cuerpo sin provecho ninguno para el alma. Y no solo corrigió el exceso de penitencias, que propinara su ascetismo al comienzo de su conversion, sino que corrigió tambien el exceso de oraciones varias y de múltiples ejercicios religiosos. El mismo se dispensó de ir al coro y de rezar el breviario. En su sentir el verdadero vendimiador, en la viña de Jesus, tiene que fijar uno de sus piés en tierra para la vendimia; pero que levantar otro de sus piés en alto para lanzarse á la carrera en cuanto escuche un superior llamamiento. Todas las enmiendas hechas por Loyola en su obra tendian de consuno á perfeccionar aquella extraña milicia y convertirla en el ejército verdadero del Papa. Los templarios, que lo habian sido en la Edad Media, tuvieron las cualidades caballerescas y brillantes propias del feudalismo; los jesuitas, que lo fueran en el período de organizacion y unidad de los Estados modernos, debian tener el carácter sombrío y la doblez maquiavélica de los reyes. Todo por el Papa y todo para el Papa y todo con el Papa: hé ahí su divisa. Correspondiendo á ella los Papas exaltan de tal suerte la órden que la eximen de sumision, la apartan á todas las jurisdicciones eclesiásticas, y la truecan en un Estado dentro del Estado y en una Iglesia dentro de la Iglesia. Con excepcion de Paulo IV, quien aborrecia la órden mas por su origen español que por su carácter moral y religioso, los demás Papas la favorecieron y exaltaron por extremo. Paulo III llegó á ver en ella el dedo de Dios; y Gregorio XIII y San Pio V y Julio III le dieron tales exenciones y privilegios, que ataron las manos del Pontífice, no solo para destruir la órden, sino tambien para reformarla.

Veamos el carácter general de las constituciones jesuíticas. Son sus reglas como la geometría de una pirámide en lo rigorosas y fatales. Es su carácter, como el carácter de las monarquías absolutas y de los ejércitos per-

manentes. El de arriba manda sin freno; y obedece á su vez el de abajo sin exámen. Cierta que deja á la asamblea general, compuesta de los miembros mas eminentes de la órden, el nombramiento de superior, pero tambien cierta que esta misma general asamblea tiene cierto carácter oligárquico y aristocrático. Un verdadero jesuita debe ignorar quién le manda y cumplir lo que le mandan. El propio juicio y la propia voluntad, deben mostrarle como huéspedes incómodos. Isaac se dejó conducir sin resistencia de ningun género al sacrificio y se arrodilló bajo la cuchilla del sacrificador; como los jesuitas verdaderos deben dejarse conducir á la inmolation de todas sus facultades en aras de aquella gran compañía de soldados. La conciencia misma debe suprimirse, porque aun cumplido un acto inmoral por rigurosa obediencia, en esta virtud capital se hallaria, si no su justificacion, por lo menos su excusa y su irresponsabilidad. El superior debe aparecer al inferior como un Cristo impecable de cuyo é infalible. Toda la compañía es un instrumento dócil en manos de un general omnisciente y omnipotente, cuyos designios se parecen á los designios de Dios. Hay dos códigos fundamentales en la compañía: las constituciones de San Ignacio y las declaraciones de Lainez. Las últimas templan un poco el rigor de las primeras; mas tambien levantan el despotismo de los generales de la órden á una increíble y viciosa exageracion. Lainez, no solo conservó y aun aumentó las facultades reservadas por Ignacio al general de la órden; allegó la absurda facultad de reformar sin consulta de nadie los antiguos estatutos, verdaderas ordenanzas militares.

El general parece un monarca. Su investidura la recibe como el Pontífice, por toda la vida; y la pierde con tanta dificultad como puede perder el Papa su autoridad pontificia. Semejante á todos los absolutismos, el absolutismo de este general reúne y confunde dentro del radio de sus facultades el poder ejecutivo. Manda, ordena, prescribe, reglamenta, organiza, dirige, administra; es toda la sociedad. Al morir designa el vicario que ha de sucederle, y que ha de guardar todas sus facultades, hasta despues de celebrada la próxima eleccion. La sociedad se recluta por el noviciado y los novicios tienen estrechísimos deberes. Prolijo exámen escudriña su vida pasada. Ninguna particularidad puede quedar oculta en tal exámen á los que le aprecian y estudian. Profundizan su complexion moral y material; entéranse de sus

relaciones sociales; saben á ciencia cierta, para prevenir lo que serán en la vida religiosa, cuanto han sido en la vida laica. Los novicios han de tener catorce años; el general puede, sin embargo, exceptuar de este requisito. Los novicios deben decir si aspiran á una de estas tres categorías admitidas por los estatutos, ó bien á la categoría de laicos, ó bien á la categoría de eclesiásticos, ó bien á la categoría de indiferentes. Mil pruebas se piden para ingresar en esta especie de sociedad misteriosa. Los Ejercicios Espirituales de San Ignacio deben seguirse con toda sujecion á su método; la confesion general hacerse con todo rigor y escrupulosidad. Un superior celoso debe probar la vocacion del novicio con toda suerte de pruebas: asistencia en epidemias á los mas contagiados hospitales y á los mas repugnantes enfermos; salidas por las calles á pedir limosna de puerta en puerta; excursiones extravagantes á sitios peligrosos; flagelacion y maceracion todos los dias y con especialidad los miércoles y los viérnes. Las relaciones del novicio con sus conciudadanos quedan prohibidas, ó subordinadas al superior, quien las renovará ó las mantendrá segun su grado: que todo buen discípulo de San Ignacio, al declararse cadáver frio y rígido, ha de considerar como muertos y fuera del mundo á sus deudos varios y aun á sus padres mismos. El dia, regulado anticipadamente por el superior, como se regula el movimiento de la máquina, empieza en todas las estaciones á las cuatro de la mañana. Apenas levantado, el novicio debe hincarse de rodillas en el suelo y afligirse y macerarse las carnes con golpes y con azotes. Obligado á ganar por medio de sus oraciones veinte jubileos al año, ya reza como por máquina, despues de cierto tiempo, y pronuncia sus rezos como pudiera pronunciarlos cualquier figura mecánica, puesto que la repeticion continúa de los mas sagrados formularios embota en él toda sensibilidad. Hay junto á los novicios otra clase de jesuitas, conocidos con el nombre de coadjutores laicos, y destinados al servicio doméstico, á las necesidades físicas y á la material administracion de la Compañía. Pocas ceremonias suelen gastar los superiores en admitirlos; pero quedan por sus votos no menos obligados y no menos sometidos, dada la naturaleza de sus respectivos encargos, que los demás jesuitas de las varias categorías y estirpes, enlazados todos unos con otros como los varios órganos de un solo organismo.